

Ritos en Familia y transmisión

Prof. Dr. Dionisio Borobio

Director del Instituto de la Familia
Salamanca (España)

1. Introducción

La familia es una transmisora multidimensional, porque abarca las distintas dimensiones de la vida (personal, relacional, cultural, social, económica, política, religiosa...; integral, porque se extiende a los diversos estratos de la vida humana (sentimientos, voluntad, razón, libertad, cuerpo y espíritu, símbolos y ritos, conducta y acción...); y permanente, porque su capacidad transmisora, en uno u otro sentido, en un más o en un menos, permanece a lo largo de toda la vida (infancia, adolescencia y juventud, madurez y adultez, ancianidad). Por otro lado, la transmisión en familia no es tanto objetivo sino más bien implicativa. Más que transmitir algo, la familia se transmite a sí misma con todo lo que es y tiene, si bien cabe una mayor o menor implicación o distanciamiento tanto en cuanto sujetos transmisores como en cuanto sujetos receptores.

Los medios de transmisión en la familia son también múltiples: es el ejemplo y la acción, las formas de conducta y de relación, las palabras y el diálogo, el estilo general de vida, las actitudes y los gestos, los ritos y símbolos... Sin contar los medios más externos y objetuales, que ya se han hecho parte sustancial de la vida familiar, como pueden ser: la música, la televisión y la radio, los libros y toda palabra escrita, los vídeos y películas, el ordenador y sobre todo hoy Internet...

Pues bien, entre todos estos medios, nos vamos a ocupar en este trabajo en los ritos y símbolos de transmisión en familia. Pero necesitamos aclarar dos presupuestos para un planteamiento ceñido y coherente: 1. ¿A qué familia nos referimos? 2. ¿En qué ritos pensamos? Respecto a lo primero, nos referimos a una familia con hijos, que asume su tarea educativa, que integra en esa educación el aspecto

religioso, y que vive en nuestro marco cultural. Respecto a lo segundo, pensamos sobre todo en símbolos y ritos que se integran dentro de una corriente cultural religiosa, aunque no sean vividos desde una profundidad de fe por las familias que los realizan. A continuación vamos a explicar aspectos que amplian esta precisión preliminar.

2. La familia transmisora de valores humanos y religiosos

a) Capacidad transmisora de la familia

Creemos que una de las condiciones previas a la transmisión en familia por ritos y símbolos, es la de la capacidad de transmisión de la familia actual, para lo que es conveniente recordar estos aspectos sobre la situación social y religiosa de la misma familia.

En cuanto a la situación social, la mayoría de los autores¹ están de acuerdo en estos puntos acerca de la familia en la sociedad avanzada occidental:

— En lugar de un único modelo de matrimonio y familia, hoy existe una pluralidad de modelos aceptados, por lo que es imposible proponer una teoría general o un modelo universal de familia, y a la vez es imposible partir de un único contexto y situación familiar que explique la transmisión.

— El papel y la intervención del Estado en relación con la familia se ha incrementado, de modo que la familia ya no depende simplemente de la esfera privada con sus internas relaciones. Por otro lado, la influencia de la educación pública o privada, y sobre todo de los medios de comunicación, y del mundo ambiente, sobre todo de amigos y conocidos, relativiza en parte la influencia de la propia familia.

— No obstante los cambios y modificación de roles, permanecen siempre en la familia la función gratificante personalizadora del reconocimiento amoroso del otro como un tú singular; la función iniciadora de identidad personal y grupal; la función ética-religiosa cognitiva y valorativa sobre lo bueno y lo malo, lo que da o quita sentido a la vida. De las funciones que desempeñe la familia y del modo de desempeñarlas dependerá también la forma como se realiza la transmisión.

1 Véase, por ejemplo: E. Fromm-Max Horkheimer-T. Parsons y otros, *La familia*, Barcelona 1978; A. Michel, *Sociología de la familia y del matrimonio*, Barcelona 1974; Jack Goody, *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona 1986; B.N.Adams, *The Family: a sociological interpretation*, Chicago 1980; G. Pastor Ramos, *Sociología de la familia*, Salamanca 1988; P. Donati, *La famiglia nella società relazionale*, Milán 1989.

— La posibilidad de renovación de la familia conyugal moderna, debido a la disminución de la mortalidad (contemporaneidad de tres o más generaciones), o a los avances biogenéticos (fecundación artificial), o a la disminución del número de hijos (limitación de parientes colaterales del niño), y a la prolongación de vida, implica nuevas formas de interrelación y configuración. La relación intergeneracional, y los cauces o medios de comunicación entre generaciones será decisiva para entender las posibilidades de transmisión.

El recordar estos datos debe llevarnos a aceptar una pluralidad de situaciones, de medios y de formas familiares de transmisión, de manera que es imposible unificar e individuar un único modelo al respecto. El pluralismo en la transmisión familiar es el reflejo del pluralismo en la misma estructura familiar o en la coexistencia de diversos tipos de familia ².

Respecto a la situación religiosa de la familia y su capacidad de transmisión de valores religiosos, cabe señalar estos rasgos generales:

— La mayoría de las familias teóricamente cristianas han sufrido y sufren el duro impacto de la secularización, por lo que tanto la referencia religiosa explícita y la práctica religiosa, como los símbolos y ritos religiosos, tienden a perder importancia, cuando no a desaparecer de muchas de ellas.

— Para una mayoría de familias jóvenes, la transmisión de los valores religiosos a sus hijos, lejos de tener una prioridad, es algo secundario en relación con otros valores más prácticos y útiles a la convivencia social. En muchas familias se relega el valor religioso y la fe cristiana al campo de lo privado personal, a la opción libre en edad de libertad responsable, o bien a la educación recibida por medio de grupos, asociaciones o instituciones religiosas de Iglesia. La falta de convicción profunda y de preparación religiosa, hace que muchos padres se sientan incapaces de transmitir y educar en la fe.

— Son frecuentes las familias en las que el «pluralismo religioso» impide ofrecer un único modelo de identificación religiosa para los niños, conviviendo en el mismo hogar el comprometido cristiano, el practicante permanente, el practicante estacional, el «creyente no practicante», el alejado y el agnóstico, el creyente en otra religión, o incluso el afiliado a una secta. La libertad religiosa en familia convierte a esta a veces en un verdadero *puzzle* de creencias.

² Véase, por ejemplo: D. Behnam, *Una reflexión internacional sobre el futuro de la familia*: Un proyecto de la UNESCO, *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 126(1990) 579-584; A. Schavan, *Zur Situation von Ehe und Familie*, *Stimme der Zeit* 3(1991) 172-181; F. X. Kaufmann, *Die Zukunft der Familie. Stabilität, Stabilitätrisiken und Wandel der Familialen Lebensformen...*, Munich 1990; J. J. Toharia, *Los jóvenes españoles ante la familia y el matrimonio*, en *Jóvenes Españoles* 89, Madrid 1989, 207-252; G. Pastor, *Familia y transmisión de valores*, *Misión Abierta* 1(1991) 23-31.

— Por lo general se aprecia en las familias una relajación o difuminación en la doctrina y moral cristianas, habiendo una gran distancia entre los contenidos dogmáticos de la fe profesada, y la realidad existencial de la fe vivida, entre la moral oficial y la moral real. Funciona en muchos hogares un «Dios, una Iglesia, y una moral a la propia medida». Se trata de un cierto sincretismo subjetivista, que pone en crisis la identidad de las creencias.

— Nuevos fenómenos religiosos familiares están surgiendo, como la existencia de familias donde se dan padres agnósticos (muchos que nacieron en la generación del 60-70) y abuelas evangelizadoras (que mantienen y educan en la fe); o bien familias en donde los hijos convertidos y creyentes (por el encuentro con el evangelio y algún movimiento o comunidad cristiana) son los evangelizadores de los propios padres...³.

— Pero, al mismo tiempo, los padres se ven obligados a contar con otros factores de comunicación y aprendizaje que intermedian de forma especial en la iniciación de sus hijos. Estos factores son principalmente la sociedad (ambiente social externo, leyes y normas de conducta), y los medios de comunicación (televisión, radio, videos, músicas, informática...). Todo ello, unido a los problemas que afectan a la infancia, hace que «los sistemas tradicionales y de comunicación en que se basaba la familia hayan sufrido profundas perturbaciones. La comunicación padres-hijo-familia se ha visto a menudo afectada gravemente con los efectos nocivos que esto implica para el desarrollo del niño»⁴.

b) La familia, lugar privilegiado de transmisión de valores humanos y religiosos

No obstante estas dificultades y perturbaciones, la familia permanece como aquella esfera de existencia vital, como aquel ámbito de comunicación interpersonal originario e insustituible, en y por el que se forma y educa para la vida, se transmiten unos valores humanos, culturales y religiosos, se inicia a un estilo de convivencia y a un sentido de vida, se asumen unas determinadas actitudes ante la

3 Cf. *Jóvenes españoles '89*, op. cit.; F. Azcona, *La práctica religiosa ayer y hoy, en Catolicismo en España. Análisis sociológico*, Madrid 1985; Id., *Estadística de la Iglesia Española 1989*. Secretariado de la CEE, Madrid 1989; D. Herviev-Leger, *Vers un nouveau christianisme: Introduction a la sociologie du christianisme occidental*, Paris 1986; J. Stotter, *¿Qué pensamos los europeos?*, Madrid 1987; AA.VV., *Jugend und Religion in Europa* (Forschungen zur praktischen Theologie, 2), Frankfurt 1987; G. Pastor, *Familia y transmisión de valores*, art. cit., 26-28; M. Sánchez Monge, *Cuando los maridos no creen. La evangelización dentro de la pareja*, Misión Abierta 1(1991) 91-96; J. Sastre, *Los hijos evangelizan a los padres*, Ibid., 83-90; J. J. Toharia, *Los jóvenes españoles ante la familia y el matrimonio*, loc.cit., 207-252.

4 D. Behnam, *Una reflexión internacional sobre el futuro de la familia*, 582.

sociedad y el mundo. Todo el mundo está hoy de acuerdo en afirmar que la matriz familiar (sobre todo en la infancia) es el lugar principal donde se conforman los elementos centrales de la identidad y personalidad, que van a perdurar toda la vida. La psiquiatría insiste en que la participación en el grupo familiar forma y conforma, sostiene al individuo, y le permite mantener un equilibrio frente a los acontecimientos y conflictos de la vida. La familia es el agente primero de personalización y de socialización, es el lugar privilegiado de comunicación y para la comunicación⁵. Esto quiere decir que la capacidad iniciadora y transmisora de la familia es muy grande y decisiva. La familia es iniciadora a la relación y la comunicación, a valores y actitudes, a convivencia y solidaridad, a conductas y costumbres, a ritos y símbolos. Las modalidades, e incluso el crecimiento, de la influencia social externa, no pueden aniquilar ni inutilizar el potencial iniciador interno, aunque puedan disminuirlo.

Y, si esto puede afirmarse de los diversos aspectos de la vida, también y con especial razón dado su carácter, se puede y debe afirmar respecto al aspecto religioso. «El principio de que la familia es institución decisiva para la transmisión de valores, y específicamente para la instauración de las creencias religiosas, ha sido verificado por la Antropología en pueblos primitivos, por la Sociología y Psicología social en estudios sobre homogamia en familias contemporáneas. En efecto, los hijos adoptan por lo general la religión de sus mayores»⁶. «Entre familia y religión se da, pues, histórica y sociológicamente, una especie de circularidad. La familia, en general, ha sido algo así como el 'nicho ecológico' de lo religioso»⁷.

En la familia se aprende a creer, como se aprende a vivir, a amar, a relacionarse. Y los procesos por los que se da este aprendizaje son dos: el de la «socialización», por el que se transmite lenguaje, sentimientos, gestos, hábitos, costumbres y comportamientos, creencias y ritos; y el de la «educación», por el que los anteriores elementos se profundizan e interiorizan, se asumen y aceptan, vienen a ser componente cognitivo y afectivo de la personalidad. Ambos procesos son necesarios, y deben complementarse, en una adecuada transmisión de los valores religiosos, conjugando al mismo tiempo lo cultural y lo personal, lo dado y lo recibido, la tradición y la novedad, la norma y la creatividad.

En cualquier caso, los agentes principales de transmisión de estos valores son los padres; y el ámbito privilegiado para esta transmisión es la familia; y el medio más adaptado para su comprensión son los ritos y símbolos religiosos. Si por la primera afirmación se quiere insistir en la importancia de una participación conjunta del

5 Cf. P. Donati, *La famiglia nella società relazionale*, Milán 1989.

6 G. Pastor, 28.

7 J. Martínez Cortés, *¿Qué hacemos con la familia?*, Santander 1991, 35.

padre y la madre; por la segunda queremos recordar el carácter insustituible del marco familiar; y por la tercera intentamos precisar la primariedad de los ritos familiares, como catalizadores y referentes de los valores religiosos. «En definitiva, la familia en cuanto institución social es un poderoso agente para la transmisión de valores y, por eso mismo, un valiosísimo agente evangelizador. Nadie como ella puede insertar en el psiquismo humano actitudes favorables, interés, curiosidad, complacencia, sensibilidad, motivaciones, para aceptar como plausible el significado religioso de la existencia; sobre todo cuando este es coherentemente testimoniado por aquellos a los que uno más ama y admira, por aquellos que ofrecen mayor o mejor afecto, seguridad y protección en la vida (padres, esposos y hermanos»⁸.

3. Mediaciones y ritos familiares de transmisión

La transmisión en familia se realiza a lo largo y ancho de la vida familiar, en la existencia cotidiana permanente, a través de palabras y gestos, actitudes, comportamientos, actos, por los que se transmite la vida entera. Una de las mediaciones más importantes son los ritos y símbolos familiares.

a) *El ritual y sus características*

Muchos son los autores que han estudiado el tema de los *rituales*⁹. Sólo nos detenemos en aquellos aspectos necesarios para el desarrollo de nuestro tema.

Pero, digamos ya desde el principio: ¿Qué entendemos por ritual? Una definición «englobante y transversal» que puede servirnos es la que ofrece J. Maisonneuve¹⁰: «El ritual es un sistema codificado de prácticas, con ciertas condiciones de lugar y de tiempo, poseedor de un sentido vivido y un valor simbólico para sus actores y testigos, que implica la colaboración del cuerpo y una cierta relación con lo sagrado».

Las características más señaladas en el ritual suelen ser las siguientes: 1. Ordenación: porque deben realizarse según un determinado orden establecido. 2. Repetitividad: porque debe repetirse siempre lo mismo, en contenido, acción y forma. 3. Acción: porque se trata de un hacer algo, y no sólo de un pensar o decir algo. 4. In-

8 G. Pastor, *Familia y transmisión de valores*, 29.

9 Recuérdense nombres tan importantes, como M. Maus, Van Gennep, Levi-Straus, E. Durkhem, M. Eliade, R. Caillois, C. Rivière, J. Cazeneuve, E. Goodman, V. Turner, J. Roberts.

10 J. Maisonneuve, *Ritos religiosos y civiles*, Barcelona 1991, 18.

utilidad: porque en sí mismo el rito no es algo productivo a nivel material. 5. Estilización: porque la conducta y los símbolos se apartan del uso común o habitual. 6. Sacralidad: porque guardan una cierta relación con lo sagrado. 7. Socialidad: porque tienen un significado social y sirven para la relación social. 8. A-rracionalidad: porque su lenguaje no es racional sino meta-lógico. 9. Ambivalencia: porque se abre a una interpretación múltiple según la intencionalidad. 10. Carácter sintético: porque resumen y condensan pluralidad de sentidos¹¹. 12. Carácter procesual: porque aunque el rito más significativo se desarrolle en un espacio y tiempo concretos, todo ritual lleva consigo una preparación (antes), y una prolongación aplicada a la vida (después).

b) Las funciones del ritual

En cuanto a las funciones de los rituales, aún reconociendo la diversidad de opiniones según planteamientos, nos interesa señalar las que más repercuten en la transmisión familiar, como son: 1. Desde un punto de vista más antropológico: la de vehicular intercambios emotivos entre esposos o padres e hijos (E. Erikson); la de reducir la angustia en momentos de crisis y peligro en las relaciones, en la enfermedad... (E. Durkheim); la de colmar el vacío en momentos de impotencia ante la muerte o la guerra, por ejemplo, pues cuando ya nada se puede hacer se recurre a los ritos (R. Otto); la de expresión y comunicación para la interrelación (J. Cazeneuve); la de mediación con lo sagrado o con lo divino, o con ciertas formas y valores ocultos o ideales (J. Maisonneuve). 2. Además son importantes las funciones sociales que se atribuyen a los rituales, tales como delimitar circunstancias y tiempos, regular el drama social y controlar situaciones, crear nuevos vínculos comunitarios, promover la estabilidad intergrupala (E. Durkheim). Pero igualmente puede el ritual transformar y destruir la estructura social y promover el establecimiento de nuevas normas y tradiciones: el ritual no solamente puede señalar una transición sino también efectuarla al mismo tiempo (v. gr. ritual de bodas: V. Turner). 3. Por otro lado, el

11 Cf. R. A. Rappaport, *Ritual sanctity and cybernetics*, *American Anthropologist* 73 (1971) 59-76; S. F. Moore-B. G. Myerhoff (eds.), *Secular Ritual*, Assen y Amsterdam 1977; J. Roberts, *Definición, funciones y tipología de los rituales*, en E. Imber-Black - J. Roberts-R. Whiting (eds.), *Rituales terapéuticos y ritos de familia*, Barcelona 1991, pp. 25-72. En concreto, J. Roberts ofrece esta «definición funcional del ritual»: «Los rituales son ritos simbólicos coevolutivos, que incluyen no sólo los aspectos ceremoniales de la presentación real del ritual en su proceso de preparación. Puede o no incluir palabras, pero contiene partes abiertas y cerradas que se 'mantienen' unidas por medio de una metáfora orientadora. La repetición puede formar parte de los rituales ya sea en el nivel del contenido, la forma o la ocasión. Puede haber espacio suficiente en los rituales terapéuticos para que los diversos miembros de la familia o los clínicos incorporen múltiples significados, así como también para una variedad de niveles de participación» (pp. 30-31).

ritual tiene la facultad, por su carga simbólica, de «explicar aquellas partes del cosmos a las que ninguno de nosotros puede permanecer indiferente: nacimiento y muerte, noche y día, cambio de las estaciones, guerra y paz, separación y solidaridad. El ritual puede incorporar aspectos contradictorios, haciendo que sea posible armonizarlos en su misma dialéctica (vida-muerte, unión-distancia-irrealidad, bien-mal). 4. Los rituales pueden ser a la vez deudores de tradición y creadores de nuevas tradiciones. Los rituales conllevan un significado cultural transmitido a través de las diferentes experiencias de las generaciones, al mismo tiempo que ofrecen la oportunidad de crear nuevos paradigmas y nuevas metáforas... El ritual funciona como un elemento para mantener y al mismo tiempo crear la estructura social de individuos, familias y comunidades sociales, así como también para mantener y crear concepciones del mundo»¹². 5. El ritual tiene igualmente por función la coordinación, armonización e integración social entre individuos, familias y comunidades, marcando el paso de una situación a otra, de una forma de relacionarse a otra, de un sentimiento afectivo y efectivo de pertenencia a otros. Tal sucede, por ejemplo, en los ritos de paso, sobre todo cuando se trata de ritos de iniciación.. Los rituales respaldan y marcan las transiciones, con su proceso trifásico de separación-prueba-reintegración¹³.

En una palabra, como afirma Maïssonneuve, a través de estos cometidos, los rituales se sitúan en la bisagra entre naturaleza y cultura, entre lo sensible y lo espiritual; garantizan no sólo una regulación social y moral, sino también la satisfacción (consagrada) de los deseos: unión, abundancia, consuelo, perdón; deseos tan vivos hoy como antaño¹⁴.

c) Clasificación de los rituales

Muchas son las clasificaciones que se han ofrecido de los rituales (Durkheim, Cazeneuve, Van Gennep, Caillois, Maertens, Amaladoss...). Recogemos aquella clasificación que más tiene en cuenta los rituales familiares.

¹² Ibid., 38-39.

¹³ Cf. A. Van Gennep, *Les rites de passage* (reimpresión), París-La Haya 1969; J. Cazeneuve, *Les rites et la condition humaine*, París 1958; V. Turner-E. Turner, *Image and Pilgrimage in Christian Culture. Anthropological Perspectives*, New York. Columbia University Press 1978; Id., *Il processo rituale. Struttura e anti-struttura*, Morcelliana, Brescia 1972; Id., *Simboli e momenti della comunità. Saggio di antropologia culturale*, Morcelliana, Brescia 1975; M. Eliade, *Iniciaciones místicas*, Taurus, Madrid 1975. D. Borobio, *De la celebración a la teología: ¿Qué es un sacramento?*, en Id. (ed.), *La celebración en la Iglesia*, Salamanca 1985, 359-536, aquí 429-434; R. Grainger, *The Message of the Rite. The significance of christian Rites of passage*, Lutterworth Press, Cambridge 1988; A. Toniolo, *Il tema «liminarità» in Victor Turner*, Rivista Liturgica 1(1992) 86-105.

¹⁴ J. Maïssonneuve, *Ritos religiosos y civiles*, p. 21.

Ritos de paso: como son el nacimiento, el matrimonio, muerte.
Ritos de iniciación: sobre todo los ritos de paso de la pubertad.
Ritos de crisis: enfermedad, desgracias familiares, catástrofes.
Ritos de celebraciones familiares: aniversarios, cumpleaños, vacaciones
Ritos estacionales: Navidad, Pascua, Verano.
Ritos profesionales: Fin de carrera, empleo, jubilación.
Ritos religiosos: sacramentos, peregrinaciones, santuarios, devociones.
Ritos cotidianos: aquellos que articulan la vida diaria, en su ritmo normal.

Puede decirse que esta ritualidad se da, en un más o en un menos, en todas las familias, aunque no siempre se da con la misma intencionalidad ni con el mismo nivel de ritualización. Roberts distingue al respecto seis niveles: 1. El de bajo nivel de ritualización, propio de las familias que no se preocupan de reunirse para celebraciones de conjunto. 2. El de una ritualización rígida, propio de las familias que se atienen a hacer siempre lo mismo y de la misma manera, repitiendo el ritual. 3. El de la ritualización sesgada, cuando se pone un acento particular en un aspecto de tradición étnica o religiosa, o específico de una parte de la familia y no de toda ella. 4. El de la ritualización vacía, porque se atiene al ritual en su formalidad, pero no se vive como acontecimiento. 5. El de la ritualización interrumpida, porque la familia no puede cumplir el ritual completo, a consecuencia de cambios súbitos (enfermedad, muerte), o acontecimientos traumáticos (accidente, guerra). 6. El de la ritualización flexible, cuando la familia es flexible y creativa a la hora de interpretar el ritual tradicional ¹⁵.

4. Valor transmisor de los ritos familiares

Una vez introducidos en el mundo de lo ritual, podemos ahora examinar cuál es el valor transmisor de cada uno de los rituales señalados, bien entendido que nunca se trata de un análisis minucioso, y que siempre ha de estar presente la variedad de situaciones e intencionalidades familiares, que dan como resultado un diferente valor transmisor.

a) Ritos familiares cotidianos

La vida familiar está tejida de ritos cotidianos, que articulan el ritmo de unos comportamientos y conductas, a tenor de la situación y

¹⁵ J. Roberts, *Definición, funciones y tipología de los rituales*, 50-58.

actividad de cada uno de los miembros de la familia. Teniendo como referente una familia con varios hijos que se encuentran en edad de estudio, y unos padres que trabajan en jornada normal, los ritos cotidianos más comunes suelen ser: levantarse-acostarse, saludar-despedirse, preparar la comida-comer, estudiar-trabajar, dialogar-descansar, rezar-participar juntos en un acto de culto, ver televisión-escuchar música, a veces pasear-viajar-visitar, ir de compras-vestirse a la moda... No podemos tratar aquí cada uno de estos rituales en particular ¹⁶. Nos limitamos a señalar los valores o sentidos que a través de todos ellos suelen transmitirse, teniendo en cuenta que cada uno viene a formar parte de la trama o tejido de un discurrir de la vida familiar.

Sin duda uno de los valores más importantes que a lo largo de este ritmo ritual se transmite es el del orden y ordenación de la vida, con su estabilidad y permanencia, de manera que así sea posible la convivencia sin atropellos, el respeto a la libertad sin agobios, la colaboración al mantenimiento de la casa y del hogar sin egoísmos.

Otro de los valores importantes es el de la solicitud amorosa, que va unida al amor y la acogida, a la capacidad de sacrificio y entrega de los padres por los hijos, de estos por los padres y entre ellos. Es esta actitud vivida la que hace percibir la importancia de la acogida, de la ayuda mutua en la salud y la enfermedad, en la alegría y tristeza, en el éxito y el fracaso; la que lleva a una atención permanente al otro, a una responsabilidad por el otro, capaz de implicar y superar sacrificios y renunciaciones, desavenencias y disgustos.

Esto conduce a otro aspecto destacado: es el de la valoración del otro no como número u objeto, sino como un tú personal y singular, con sus cualidades y limitaciones, con su aportación positiva a la vida familiar. Ahí nace el valor importante de la autoestima, que es capaz de estimar también a los demás sin desprecios y sin egoísmos.

La familia transmite también un sentido del deber, un aprecio al trabajo, una responsabilidad, tanto respecto a la vida familiar como respecto a la sociedad. El valor de la personalización, va unido al valor de la socialización. El modelo de la relación familiar tiene su repercusión en el modelo de la relación social. La forma como se vivan en la familia la igualdad, la libertad, la responsabilidad, la solidaridad, el respeto a la dignidad y diferencia del otro..., serán el filtro que condiciona la forma de vivir estos valores en la sociedad.

Otro aspecto importante de transmisión es el de la actitud ante los bienes materiales: el dinero, la posesión, los bienes de consumo, la moda, la tecnología. La actitud y el estilo de vida de los padres al

¹⁶ Véase, por ejemplo: B. Beil, *Schlummertuch und Hochzeitstag. Rituale in der Familie*, München 1997, especialmente pp. 13-127; A. Grün, *Geborgenheit finden-Rituale feiern. Wege zu mehr Lebensfreude*, Kreuz Verlag (1998), pp. 69-88, donde habla del rito del saludo, la oración, la comida, el acostarse, la despedida, las fiestas del año litúrgico.

respecto es muy importante, para que se transmita un sentido materialista y consumista respecto a los bienes, o un sentido relativizador y solidario, para que se ponga más el acento en los *bienes espirituales que en los bienes materiales*, más en lo permanente que en lo efímero. ¡Tarea bien difícil dada la fuerza de arrastre del ambiente en una sociedad de producción, consumo y disfrute de los bienes!¹⁷.

Nos parece igualmente importante aquello que se transmite en relación con el cuerpo físico, a través del *cuerpo familiar*. La mediación necesaria del ser y estar con el cuerpo familiar es el propio cuerpo individual. El comportamiento del *cuerpo familiar* condiciona el valor y la actitud respecto al propio cuerpo. Se manifiesta en muchos detalles: limpieza, acogida en deficiencias o enfermedad, alimento y estética, sexualidad y comportamiento sexual. No sólo podemos decir que todo rito supone la corporeidad, sino también que del valor que demos a la corporeidad depende la calidad de los ritos. El ritual es expresión corporal, es la figura de la corporeidad en las diversas situaciones. El hombre se expresa y compromete en sus ritos corporales, y a la vez en estos ritos se juega el prestigio del cuerpo.

b) Ritos familiares extraordinarios

Llamamos así a aquellos ritos familiares que implican un cierto carácter de solemnidad, de extraordinariedad, de interfamiliaridad, en cuanto que conllevan una reunión más amplia de la familia, van unidos a un elemento festivo y de cierta exuberancia, implican una cierta carga religiosa, expresan experiencias profundas de la vida familiar, conducen a una renovación de las relaciones familiares y a una mayor cohesión individual y social. A estos ritos que llamamos «extraordinarios» pertenecen todos los rituales antes señalados: los ritos de paso; los ritos de iniciación; los ritos de crisis; los ritos de celebraciones familiares; los ritos estacionales; los ritos profesionales; los ritos religiosos... Sin pretensión de examinar cada uno de estos rituales en sus diversas circunstancias, señalamos sobre cada uno los aspectos de transmisión que nos parecen más destacables:

- *Los ritos de paso*: como son el nacimiento, el matrimonio, muerte. Son ritos marcados por un sentido vida, pero en cada caso de vida diferente: comienzo de la vida, plenitud de la vida, fin de la vida. En los tres casos se trata de un tránsito biológico, unido a una experiencia personal y familiar, pero con valencia diferente: en el nacimiento es tránsito biológico vivido por la madre y el hijo, y tránsito de experiencia antropológica vivida por los padres y familiares, de comienzo gozoso de vida; en el matrimonio se trata de un tránsi-

¹⁷ Recuérdese la obra de E. Lipovetsky, *L'empire de l'éphémère*, París 1987.

to gozoso y amoroso de una vida no matrimonial a una vida matrimonial, de un vivir en una familia a un formar una familia (entrega de la esposa, casamiento, luna de miel); en la muerte se trata de un tránsito vital de una existencia corpórea terrena a un dejar de existir así, que por medio de las exequias intenta unir en dialéctica vida y muerte, fin de la existencia terrena y comienzo de una nueva existencia. Además de estas diferencias sobre un hilo común, en los tres casos los rituales familiares expresan la vida como proceso con sus diversas etapas, la dialéctica permanencia-transitoriedad, vida y muerte. En los tres casos la familia entera se ve llevada y convocada para expresar su comunión, su solidaridad, sus vínculos de continuidad, sus deseos de felicidad. En los tres casos, se tiende a recapitular la historia familiar desde la historia personal, rememorando otros eventos familiares, uniendo retrospectiva y prospectivamente pasado-presente y futuro. Y en los tres casos, además de restañar divergencias y consolidar vínculos, se asumen nuevos compromisos familiares de ayuda y acompañamiento responsable a aquellos miembros que se ven abocados a comenzar un cierto nuevo tipo de vida.

• *Ritos de iniciación*: sobre todo los ritos de paso de la pubertad: Son ritos que en otros tiempos tuvieron gran importancia en nuestra cultura, y que hoy siguen teniéndola en otras culturas, como la africana. Como señalan los antropólogos, en ellos hay que distinguir tres fases: la de separación (preliminaridad), la de prueba o ascesis (liminaridad), y la de reintegración a la comunidad (postliminaridad). Marcan la transición de la etapa de la infancia a la etapa de adolescencia; de la situación de no plenamente incorporados a la comunidad a la de plenamente incorporados y responsables en la comunidad; del estado de ignorantes aún de los secretos de la vida, del sexo, de las tradiciones familiares, sociales y religiosas, al de sabedores de los misterios y reglas de vida de la comunidad¹⁸. «Los ritos de paso funcionan para facilitar que los individuos modifiquen sus relaciones sociales de un modo culturalmente adecuado, mientras que la conducta sintomática funciona para legitimar el fracaso de los cambios culturalmente adecuados en el ciclo vital»¹⁹. Por estos ritos la familia incorpora de forma plena a sus miembros a la tradición, la vida, la responsabilidad familiar y social.

• *Ritos de crisis*: enfermedad, desgracias familiares, catástrofes. Son aquellos ritos que tienen lugar en momentos en que la armonía o el ritmo de la relación familiar se ve puesta en crisis, produce

18 Cf. A. Van Gennep, *Les rites de passage* (reimpresión), o. c.; V. Turner-E. Turner, *Image and Pilgrimage in Christian Culture. Anthropological Perspectives*, o. c.; Id., *Il processo rituale. Struttura e antistruttura*, o. c.; Id., *Simboli e momenti della comunità. Saggio di antropologia culturale*, o. c.; M. Eliade, *Iniciaciones místicas*, o. c.

19 J. Schwartzman, *Symptoms and Rituals: Paradoxical modes and social organization*, *Ethos* 10 (1979) 3-25, aquí p. 3.

dolor y angustia, suscita actitudes y comportamientos determinados: puede ser desde una enfermedad a un accidente, al conocimiento de un problema grave de droga, a una catástrofe de terremoto, diluvio, huracán... Estos ritos tienden en parte a reducir la angustia, a exorcizar las fuerzas oscuras del mundo, a invocar las fuerzas superiores en situación de humana y técnica impotencia. Para la familia son ritos que provocan la visita, la ayuda solidaria, el acompañamiento. Por ellos se transmite sobre todo la dimensión contingente de la vida, la incapacidad del hombre de dominar la totalidad de las fuerzas creadas, la relatividad de los medios humanos, la dependencia en fin de algo o alguien superior. Y desde un punto de vista intrafamiliar, se transmite el sentido e importancia de la solidaridad, de la mutua ayuda y acogida, del acompañamiento.

• *Ritos estacionales*: Navidad, Pascua, Verano. Se trata de ritos que, al ritmo del ciclo o tránsito estacional, van acompañando también el avance vital y temporal de la familia. En ellos se unen normalmente la celebración profana y la religiosa, la celebración intrafamiliar y la extrafamiliar, la intimidad en el hogar y la exterioridad con amigos y comunidad²⁰. En estas fiestas se pretende asegurar la continuidad de la vida familiar frente a la discontinuidad del calendario, unir la relación familiar con la extrafamiliar, compartir el deseo de felicidad y bien en la nueva etapa que comienza, salir de las preocupaciones de lo cotidiano y renovar el cuadro de la identidad de la familia hacia adentro y hacia afuera²¹. Por eso hay que distinguir entre el ritual o celebración en el hogar (padres e hijos), la celebración con la familia más próxima (parientes próximos), y la celebración con la familia más extensa y los amigos, de manera que el sujeto celebrante es un *nosotros* que se va ampliando en círculos cada vez más extensos, en una especie de afirmación social y colectiva de la vida, de la necesidad de superar los avatares del tiempo, de compartir un sentido, de lograr un éxito sobre las fuerzas de la naturaleza con las que, en definitiva, se convive.

• *Ritos de celebraciones familiares*: aniversarios, cumpleaños, vacaciones... Son celebraciones rituales que tienen lugar alrededor de acontecimientos más íntimamente familiares y que, unas veces recuerdan el comienzo de la vida (cumpleaños), otras la afirmación y gratitud por la vida (aniversario de bodas: de plata, de oro), otras de disfrute de la vida con el tiempo libre (vacaciones, fines de sema-

20 Cf. F. A. Isambert, *Le sens du sacré. Fête et religion populaire*, París 1982, pp. 164 ss.

21 Comparando Navidad y Año nuevo, dice Isambert: «Noël, fin momentanée des soucis de la vie quotidienne, renonciation au rôle parental, refuge dans l'enfance; rentrée en soi-même, recueillement. Nouvel An, réaffirmation de l'activité personnelle dans l'exubérance et du rôle d'adulte, résurrection des relations extra-familiales dans une festivité anarchique; transition assurée par le tapage nocturne; puis retour aux relations sociales quotidiennes renforcées par les vœux, visites protocolaires etc.» (p. 167).

na especiales), otras de recuerdo memorial por los que vivieron (difuntos, todos los santos). Estas fiestas, que con frecuencia coinciden con las *estacionales* (Navidad, Pascua), vienen a ser como la argamasa que cohesiona y relaciona a los distintos miembros de la familia, expresando la solidaridad, compartiendo la alegría, intercambiando dones y regalos, ayudando a sobrepasar los problemas y dificultades, tejiendo la trama de unas tradiciones familiares, de una historia compartida²². En ellas se transmite el valor de la familia y de su unión, la alegría de vivir y compartir la vida, la felicidad de compartir un sentido, una tradición, unos votos comunes, ayudándonos a avanzar por las diversas etapas de la vida.

- *Ritos profesionales*: Fin de carrera, empleo, jubilación... Son ritos o rituales que siempre han tenido especial importancia, aunque la forma de celebrar sea diferente, porque la situación también lo es. El *fin de carrera* celebra el éxito de haber concluido una etapa de preparación y capacitación para el desempeño de una función social, y en ello se unen el reconocimiento público oficial (bandas, medallas, título), la fiesta familiar y la fiesta social. El conseguir un *puesto de trabajo*, que antes seguía casi automáticamente al fin de carrera y hoy implica un proceso de búsqueda, con la conciencia de la volatilidad y movilidad del mercado, y que la familia celebra porque en ello está celebrando su seguridad y su futuro, su disposición de medios y su disfrute de la llamada *sociedad del bienestar*. Y la *jubilación*, que hoy se anticipa en una perspectiva de amplia prolongación de la vida o envejecimiento, y que comporta un tránsito importante, a veces celebrado con inquietud y disgusto, otras con alegría y esperanza, es también un momento de *ritualidad emergente* en familia y con los amigos; con ello se afirma el sentido del trabajo y del tiempo libre, la bondad del disfrute de la vida, de la paz y la creatividad no tan condicionada, de la capacidad de colaborar a construir la historia humana de forma diferente²³.

- *Ritos religiosos*: sacramentos, peregrinaciones, santuarios, devociones. Son los ritos y rituales que van acompañando el itinerario de la vida de una familia religiosa creyente, en algunos casos con cada uno de sus miembros más directos (padres-hijos). En estas familias, cada momento de la vida se remite al Donador de la vida,

22 Cf. J. Roberts, *Definición, funciones y tipología de los rituales*, p. 42, donde comentando el «Día de Acción de gracias» en América del Norte dice: «En este día rituales como contar relatos familiares, cocinar juntos, mirar un partido de fútbol y reunirse en un lugar determinado, contribuyen a definir roles (inclusive roles sexuales) y normas y crean la cohesión del grupo. Más aún, esto ocurre dentro del contexto comunitario más amplio de una nación que da gracias al mismo tiempo que recuerda la primera oleada de inmigración europea, mientras que ignora qué pasó con los habitantes nativos de este país».

23 Sobre todas estas etapas, desde un punto de vista antropológico-sacramental: D. Borobio, *Sacramentos y etapas de la vida. Una visión antropológica de los sacramentos*, Salamanca 2000.

en cada situación se invoca y da gracias a Dios para que bendiga o asuma esa vida, cada paso se celebra con la ritualidad que establece la comunidad cristiana a la que se pertenece. Así, si el nacer se ritualiza con el sacramento del bautismo, el crecer se hace con el de la confirmación, el comprometerse en el amor con el del matrimonio, el vivir en comunidad con la eucaristía, el enfermar con la unción de enfermos, y el morir con las exequias cristianas. En estos rituales aparecen unidos sentidos complementarios, dialécticos y hasta contrapuestos: se celebran familiar y comunitariamente, en ellos se une lo profano y lo sagrado, lo inmanente y lo trascendente, el sentido de la vida y la afirmación de la vida, el exorcismo y liberación del mal y la participación del bien y la salvación, el amor y el sacrificio, la vida y la muerte, lo horizontal y lo vertical de la existencia. Y es que los sacramentos, como otros actos o prácticas religiosas, son lugares de trascendencia y remitencia a Dios, símbolos de encuentro y presencia agraciante de Dios, signos de afirmación de la vida presente y de esperanza en la vida futura... Por ellos, es evidente, se transmite un sentido sobrenatural y trascendente de la vida, una fe en Dios y en su misericordia, una voluntad de seguir el ejemplo de Cristo y la vida evangélica, un deseo de expresar todo esto perteneciendo a la Iglesia, una esperanza de vida eterna más allá de esta terrena existencia.

5. Conclusión

Somos conscientes de que todo lo recordado acerca del valor transmisor de los ritos en familia, no es sino un atisbo de la riqueza que este fenómeno implica. Por desgracia, en muchas familias no sólo se han perdido las ritualidades tradicionales de una cultura religiosa cristiana, sino que tampoco se han sustituido por otras capaces de cumplir aquella función. En no pocos casos a las ritualidades clásicas se han añadido ritualidades modernas, nuevos ritos civiles y seculares unidos a nuevos mitos (del individuo, el cuerpo, la salud, el sexo, el deporte, la política, las vacaciones...), que van rimando o articulando su proceso vital. Nacen así una especie de nuevas sacralidades, o una religiosidad difusa y transversal, que en alguna medida asume las funciones de rituales tradicionales. De cualquier forma, a través de estas ritualidades siempre se busca poner orden en la vida familiar, salir de la monotonía, superar la angustia, orientar la vida, expresar los sentimientos más profundos, dar cauce al intercambio de la afectividad y la emoción, superar la incertidumbre de un tiempo imprevisible, o el poder de unos fenómenos incontrollables... Y, en medio de todo ello, buscar ese más allá en el que se puedan dar cumplimiento a las aspiraciones del deseo, al ansia de plenitud. Y es que, en efecto, lo sagrado no ha desaparecido, se ha transformado, ha transmigrado. Y al hombre, y a la fami-

lia, no le sobran los ritos, aunque le falte la fe, aunque no pueda explicitar el sentido de que los sobrecarga.

La familia necesita expresar sus sentimientos y emociones, sus experiencias humanas y sus vivencias religiosas. Y ello sucede de forma especial en los «momentos» o «situaciones de tránsito», en los que la experiencia se hace más intensa, la llamada del Absoluto más elocuente, y la necesidad de respuesta más urgente. Naturalmente, no en todos se busca o se da ni la misma explicitud de conciencia, ni la misma forma de expresión o ritualización, dependiendo de su sentido de vida, sus ideales, sus creencias o su fe. Pero es evidente que, sea a través de la ritualidad de lo cotidiano (trabajo, ocio, convivencia en pareja y familia...), o a través de los «ritos de crisis» (enfermedad, catástrofe, peligro inminente, inseguridad laboral, concurso o examen...), o de los «ritos de tránsito» (nacer, crecer, casarse, enfermar, morir), o de los «ritos cíclicos» (el domingo para la semana, Navidad para el solsticio de invierno, Pascua para primavera, acompañados de sus vacaciones...), o por medio de los sacramentos y celebraciones de la Iglesia (bautismo, primera comunión, confirmación, matrimonio, unción, exequias...), también la pareja busca expresar y celebrar lo más misterioso y profundo de la existencia humana, donde los creyentes descubrimos la presencia y el rostro del Dios vivo.

Siendo esto así, no es extraño que la familia sea uno de los lugares privilegiados donde se despliega este *concierto* de ritos y de símbolos, unas veces con rostro simplemente secular, otras con rostro religioso, y otras con rostro cristiano. El rico sucederse de experiencias que vertebran la vida familiar está como exigiendo estas referencias rituales. La familia necesita de ritos y de rituales para vivir y encontrar sentido a su vida en su proceso espacio temporal. Una familia sin rituales, es una familia que no se compacta en unidad y solidaridad, es una familia que se empobrece y se encierra, que no se cura de su soledad y de sus rivalidades, que no comparte las alegrías, que no se apoya en las tristezas. Por algo los ritos familiares vienen a ser también rituales terapéuticos, que sanan y ayudan a descubrir el sentido de una vida compartida con los demás dentro y fuera de la familia, con sus vicisitudes y sus alegrías.